

LECTIO DIVINA DOMINGO MUNDIAL DE LAS MISIONES CICLO C

1



1. LECTURA ORANTE

Lucas 18,9-14: En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola sobre algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás: "Dos hombres subieron al templo para orar: uno era fariseo y el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: 'Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos y adúlteros; tampoco soy como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todas mis ganancias'. El publicano, en cambio, se quedó lejos y no se atrevía a levantar los ojos al cielo. Lo único que hacía era golpearse el pecho, diciendo: 'Dios mío, apiádate de mí, que soy un pecador'. Pues bien, yo les aseguro que éste bajó a su casa justificado y aquél no; porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido".

MEDITACIÓN

¿QUÉ ME DICE DIOS EN ESTE TEXTO?

«No resulta nada fácil conocernos a nosotros mismos. El famoso dicho griego, popularizado en latín, *gnosce te ipsum*, “conócete a ti mismo”, sigue siendo un desafío para toda psicología sana, sobre todo, por la dificultad que representa captar la verdad más profunda del propio ser, más allá de las imágenes que solemos proyectar hacia los demás y de las percepciones que los demás se hacen de nosotros y que contribuyen a confundirnos más en lo que se refiere a vernos tal como somos.

2

Jesús pone un ejemplo de confusión y uno de claridad sobre este tema. Un publicano era, en su época, un ser despreciable, un traidor que se había enriquecido a costa de los demás, un vendepatrias que se había vuelto impuro respecto a la ley judía por doble motivo: por dedicarse al dinero y por colaborar con el imperio en la recaudación fiscal. Un fariseo, en cambio, era una persona sumamente respetable, un ejemplo de virtud para todos, un modelo de vida israelita. Pero ¿cómo era en realidad cada uno, en el fondo de su ser, más allá de los prejuicios sociales que los encasillaban en categorías aparentemente invencibles?

Para alcanzar la verdad sobre cada uno el camino que hay que evitar inmediatamente es el que lleva a compararse con los demás. Es el camino que escoge, precisamente, el fariseo del ejemplo puesto por Jesús. No solo se pone en el escenario con actitud arrogante (erguido, con la frente en alto, orgulloso), sino que apoya su confianza en la comparación con los demás, sobre todo, con el publicano: “No soy como ese publicano”.

Uno no se puede, pues, confrontar con los demás para conocerse en verdad, sino con Dios, porque Jesús ha dicho: “Sean perfectos como perfecto es el Padre de ustedes que está en los cielos” (Mt 5,48). Evidentemente, la comparación con el Padre siempre arrojará saldo negativo, siempre dejará ver las enormes diferencias, lo mucho que nos falta, no en la línea del poder, en la que nunca podríamos siquiera asemejárnosle, sino en la del amor, que es el único espacio que nos ha dejado para imitarlo. Y el lugar ideal para que esta confrontación se lleve a cabo es la oración. Allí callan todas las otras voces, se anulan todos los prejuicios y desaparecen las apariencias: se está a la luz de Dios, expuestos a su verdad. ¿Por qué muchas personas no oran jamás? Quizás porque tienen miedo de encontrarse con su imagen secreta, profunda,



mucho más desagradable probablemente que la imagen reconocida por los hombres.

Sin embargo, no basta con orar para obtener claridad sobre el propio ser. Depende de cómo se ora. Si nos limitamos a hablar, no cambia nada. El fariseo de nuestra parábola habla a Dios: es él el actor principal y Dios viene reducido a comparsa de su propia autocomplacencia. Tiene necesidad de Dios solo para que forme parte de su público. Y esta actitud lo mantiene en su ceguera. La oración es una trampa que lo autojustifica y lo inmoviliza. Podemos pasar horas enteras delante de Dios, pero si nos limitamos a hablar y no tenemos el coraje de escuchar, no lograremos avance alguno en el camino del autoconocimiento. Y, lo que es peor, utilizaremos a Dios para confirmar la imagen que nos hemos hecho de nosotros mismos. Es una trampa de la que no podremos salir.

La verdadera oración, en cambio, está hecha de silencio y de escucha. Esa actitud nos lleva a un valiosísimo descubrimiento, que es el que hace el publicano de nuestra parábola: el descubrimiento de que somos pecadores. Por mucho que cueste a la mayoría de los hombres este calificativo como la mejor descripción de su ser, no existe una revelación más importante que esta para emprender una espiritualidad sana. Y no es necesario pensar en este o en aquel pecado: nosotros *estamos* en el pecado, *somos* pecado. Esa es nuestra condición ontológica, la verdad más honda de nuestro ser. Entre nosotros y Dios existe un abismo infinito imposible de salvar con nuestro esfuerzo; entre su santidad y nuestra miseria existe tal distancia que, si fuéramos realmente conscientes de ella, nos haría imposible levantar siquiera los ojos: "El publicano, en cambio, se quedó lejos y no se atrevía siquiera a levantar los ojos al cielo...".

La recuperación del sentido del pecado es, por ello, un camino salutífero. Sentir dolor por nuestro pecado, y por el ajeno, es algo sano. Porque solamente cuando algo nos duele buscamos de inmediato el remedio. Y el remedio está allí, al alcance de la mano: reconocernos pecadores y abandonarnos en la misericordia infinita de Dios. Entonces, y solo entonces, estaremos en posibilidad de emprender un camino distinto que nos lleve a la transformación más radical que cabe imaginar del corazón humano».

P. César Corres Cadavieco.



¿QUÉ ME PIDE DIOS EN ESTE TEXTO?

- ¿Qué sentimientos tocó Dios con su Palabra?
- ¿A qué me invita Dios?

2. **ORACIÓN:** ¿QUÉ LE DIGO A DIOS A PROPÓSITO DEL TEXTO?
Te invitamos a orar con este hermoso canto: "Desconcertad el corazón"(Salomé Arricibita):

<https://youtu.be/5GEfvh0Wqm0>

3. **CONTEMPLACIÓN**

Cierra los ojos y trae a tu imaginación la escena evangélica. Trata de reconocer los sentimientos y emociones que se suscitan en el corazón de los oyentes al escuchar la parábola de Jesús: «Pues bien, yo les aseguro que éste bajó a su casa justificado y aquél no; porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido"». Siente en tu propio cuerpo esas emociones y sentimientos. Identifica tu propia actitud ante el Señor cuando te pone delante de él. Imagínate a solas con el Señor, en total silencio y soledad. Exprésale, no con palabras sino con el corazón todas tus inquietudes y angustias y ponlas en sus manos.

4. **ACTIO**

¿Qué acciones concretas haré para responder a lo que Dios me pide hoy con este momento de oración?

Sugerencias para la *actio*:

- Jesús nos presenta dos actitudes radicalmente distintas ante Dios; la del orgulloso y juzgador fariseo y la del humilde publicano.
 - ✓ ¿Qué actitud sueles asumir cuando hablas con Dios?
 - ✓ ¿Le presentas, con orgullo y vanagloria tus supuestos logros?
 - ✓ ¿Te presentas ante él con humildad, reconociendo tus pecados y el mal que has cometido contra ti o contra tu prójimo para luego implorar su misericordia?



- ✓ Recuerda, el punto de partida para una sana espiritualidad cristiana es el sano reconocimiento de nuestra insuficiencia y nuestras faltas. Solo así Dios podrá actuar en nuestro interior para transformarnos en auténticos hijos suyos.
- ✓ Te sugerimos, si no es parte de tus prácticas religiosas, hacer, cada noche, un breve examen de conciencia a partir de dos preguntas:
 1. ¿Qué actos realizados en el día fueron contrarios al Evangelio?
 2. ¿Qué haré mañana para, de algún modo, resarcir el mal cometido?

